



R. P. VICENTE GAMBÓN, S. J.

10 SEPTIEMBRE 1857 - 6 ABRIL 1925

FALLECIÓ EN LA PAZ DEL SEÑOR

A LOS 67 AÑOS DE EDAD Y 52 DE VIDA RELIGIOSA

DE LOS CUALES CONSAGRÓ 35

A UN APOSTOLADO FECUNDO ENTRE LA JUVENTUD ARGENTINA

SU ESPÍRITU VIVE ENTRE NOSOTROS!

ESTUDIOS está de luto. ¡ Su fundador ha muerto !

Aún nos parece que fué ayer, y ya han pasado cerca de tres años, cuando nuestras páginas jubilosas reflejaban toda la ternura del homenaje con que sus amigos celebraron sus bodas de oro con la Compañía de Jesús !

Allí la sinceridad del cariño recordó las largas efemérides esparcidas por cincuenta años de labor fecunda, y sus amigos y sus discípulos lo saturaron todo con el aroma de los recuerdos más delicados. El escritor fecundo dejaba allí la huella luminosa de su ingenio polícromo, desenvolviendo las marañas del divorcio, esclareciendo puntos oscuros de la historia, sistematizando los primeros principios de la instrucción cívica y de la economía política, trazando normas acertadas a la enseñanza secundaria, cuya libertad defendió victoriosamente, esclareciendo las sombras sembradas entre la democracia y la Iglesia, apuntando soluciones a los problemas sociales, dejándonos páginas nítidas en que el patriotismo, la verdad y la moral dándose la mano graban en el alma sensaciones íntimas y hondas. Nuestras páginas son un monumento imperecedero de su fecunda labor intelectual. El maestro profundamente preparado aparece allí rodeado de una pléyade de discípulos que encanecidos ya en las luchas políticas, del foro, de las profesiones más elevadas, recuerdan con efusión sus lecciones. El educador delicado que sabe conquistarse el corazón de sus alumnos para troquelarlos en la virtud y el bien, se ve también allí coronado por una hermosa guirnalda de flores cuajada de frutos sazonados de honradez, de hidalguía, de cristianidad y de civismo, que enaltecen a la sociedad y a la patria. Y el consejero, que guía con acierto, y el amigo que tiene siempre palabras serenas en medio de las mayores borrascas de la vida, que consuela en las horas de dolor y se regocija en los momentos de alegría, que derrama el bálsamo de la esperanza sobre el lecho del moribundo y bendice las alegrías nupciales y bautiza los hijos y los nietos de sus dis-

cíbulos, recoge allí en un ramillete de gratitud y de amor las resonancias dulcísimas del bien sembrado.

El cronista que entonces relataba aquella escena conmovedora, se expresaba así profundamente emocionado: «Era un espectáculo que llegaba a lo íntimo, que inspiraba un confuso sentimiento de alegría y de tristeza, que hablaba al espíritu un lenguaje emotivo e insinuante. No podía ser de otra manera. Si había más de uno que en tan solemne momento, recorriendo en rápido vuelo la trayectoria entera de su vida, recordaba que fué el Padre Gambón el maestro de su infancia, el maestro de sus hijos y de sus nietos; que fué él quien le dió el espaldarazo de las congregaciones científicas y académicas; quien bendijo su matrimonio y derramó sobre sus vástagos el agua bautismal. ¿Quién podía resistir el embate conmovedor de tantos recuerdos revividos que se agolpan a la memoria como agitado torbellino, sin dejar correr abundantes lágrimas?... El Padre Gambón de cara al altar también lloraba. Lloraba dando gracias a Dios; lloraba a su madre buena; lloraba a tantos que fueron sus discípulos y que ya se sumergieron en el mar de la eternidad; lloraba por los presentes y por los ausentes; lloraba por las horas inciertas que vivió al arribar a las playas argentinas, cuando todavía silbaba en nuestras calles el plomo de la revolución y por las horas aurales y benditas, henchidas de esperanza que sonaron para él en esta su segunda y casi primera patria...»

Aquellas lágrimas de entonces parece como que fueran presagios de las inconsolables que ahora vierten sus amigos...

Casi sin precedentes, corrió la noticia de su muerte en las hojas periódicas de la mañana del martes 7 de abril, y sin otra invitación, a las diez de esa mañana estaban sus mortales despojos en el crucero de la amplia iglesia del Salvador, rodeados de plegarias y de lágrimas. Fué una cita de amor y por eso, como a la voz de un conjuro, se vieron las naves del templo cuajadas de corazones que venían a pagar el tributo de su dolor a aquel de quien recibieran el bien a manos llenas. Fueron exequias solemnes, no por el bullicio del arte, sino por el profundo silencio del amor dolorido, interrumpido sólo por el murmullo de las plegarias y el silencioso resbalar de las lágrimas...

Cuando por la tarde se vieron forzados a dejarlo en la última morada, la emoción que ante la tumba del padre anudara las lenguas, dió lugar a la expansión de los propósitos, y pudimos conocer algunas de las resoluciones heroicas que su espíritu, que aún aleteaba allí en-

tre los corazones de sus amigos les inspirara! ¡Cuántos juraron ante su túmulo, ser siempre fieles a sus enseñanzas! ¡Cuántos que tal vez abandonaran las prácticas piadosas, renovaron entonces los propósitos de una vida mejor!

¡Es que su espíritu vive entre nosotros!

Su obra fecunda no morirá con él, porque los que lo amaron y lo lloran, han sentido hondamente el postulado del amor que les exige consagrar todas sus actividades para que su nombre vinculado a sus obras predilectas, se vaya repitiendo de generación en generación.

En el homenaje que le tributaron en vida le obsequiaron con la perennidad de su nombre y de su celo, poniendo en sus manos una beca. Aquéllo fué el tributo de la gratitud.

Ahora, en ese homenaje mudo que le tributa el dolor, ha de perpetuarse su espíritu, que morará en el corazón de cuantos le amaron y le lloran.

Esa será la mejor corona que depositaremos sobre su tumba. Corona de flores perennes que no han de marchitarse nunca.

Así vivirá siempre su espíritu entre nosotros.

LA REDACCIÓN.